

–Majestad –dijo el ministro Santangelo dando unos golpecitos con el dedo en el hombro de Fernando–, estamos en Grotte.

El rey despertó con sobresalto, abrió ante el ministro unos ojos perdidos, acuosos, cargados de sueño, y pasándose el dorso de la mano por la boca, de la que caía un hilo de saliva, preguntó:

–¿Qué hay?

–Estamos en Grotte, majestad.

Fernando se asomó por la ventanilla del coche. Casas grises que se amontonaban ladera arriba de un monte, tejados cubiertos de ortigas y musgo, mujeres de negro asomadas a las puertas, niños de mirada atónita y hambrienta, puercos hozando en las basuras.

Se retiró de la ventana.

–¿Y por qué me despierta? –preguntó al ministro, y como dirigiéndose a una tercera persona–: Veinticuatro horas sin pegar ojo, y cuando por fin me quedo dormido, me despierta este badulaque con la buena nueva de que estamos en Grotte.

El belfo, que semejaba un riñón de vaca, le tem-

blaba de cólera. Se asomó de nuevo. La gente se apelotonaba en silencio a unos metros del coche.

–En las grutas* hay lobos. Continuemos –dijo al oficial de la escolta, y se reclinó de nuevo en el asiento riendo de su feliz ocurrencia. Y el ministro se desternillaba.

Continuaron dos millas más, hasta Racalmuto, donde hallaron balcones engalanados con sedas, como el día del Corpus, formada la guardia urbana y un banquete en el ayuntamiento.

Y así fue como Grotte, que los documentos de entonces llamaban Le Grotte y los racalmutenses llaman aún hoy Li Grutti, no tuvo el honor de recibir al rey Fernando.

Exactamente un siglo después pasó velozmente por la estación de Grotte el tren de Mussolini, rasando a una multitud que casi rebosaba del andén y se metía entre las ruedas, y no fueron muchos los grutenses que vieron un instante la cara morena y ceñuda de Mussolini junto a la cara sonriente y olivácea de Starace.

Por estos dos hechos, hasta hace pocos años se reían los racalmutenses de los grutenses y los despreciaban. Por su parte, los grutenses tenían un repertorio de *mimi* que satirizaban los defectos de los racalmutenses, una especie de historietas cómicas como las que recogió y recreó Francesco Lanza, que fue también quien les dio ese nombre.

* Grotte, «grutas». (N. del T.)

En los partidos de fútbol que disputaban ambas localidades, el recuerdo histórico y los *mimi*, las invectivas y los insultos cesaban cinco minutos antes del final del partido, momento en el que se pasaba a lo que los carabineros llamaban «acción directa», esto es, al puñetazo, al puntapié y a la pedrada.

Y lo cierto es que las dos poblaciones, separadas por apenas dos millas, eran lo más distinto y opuesto que se pueda imaginar. Los grutenses eran mayoritariamente socialistas, con una minoría valdense, tres o cuatro familias judías y una mafia poderosa, y malas calles, casas feas y fiestas pobres. Las fiestas en Racalmuto, por el contrario, eran espléndidas y animadísimas, duraban casi una semana y atraían en masa a los grutenses, aunque en lo demás era un pueblo tranquilo, electoralmente repartido entre dos grandes familias, con pocos socialistas, muchos curas y una mafia enfrentada.

Llegaron nuevos estilos de vida, y con ellos menudearon los matrimonios entre racalmutenses y grutenses, matrimonios que en gran parte concertaban con mucho trabajo terceras personas, pero casi todos felices, y que contribuyeron sin duda a suavizar y apaciguar la rivalidad entre las dos poblaciones.

Uno de estos matrimonios, contraído unos años antes del fin del Reino de las Dos Sicilias, ha quedado grabado en la memoria de racalmutenses y de grutenses, más que por razones novelescas, de peleas, pasión y sangre, por la belleza de una muchacha, o porque los hechos a los que dio lugar reflejan el carácter de una sociedad y de una época.

La boda entre don Luigi M., acaudalado médico de Racalmuto, y una hija de don Raimondo G., orondo terrateniente de Grotte, se celebró con la pompa que cumplía a ambas familias, y la vida de los esposos, un hombre de constitución robusta y sanguínea lleno de timidez con la esposa, y una mujer jovencísima y frágil, discurría dulcemente en la linda casa de Racalmuto, cuando sucedió un hecho terrible. En el curso de un altercado, don Luigi, presa de la cólera, propinó una patada a un campesino, medio legítimo, por otra parte, de poner fin un caballero a la disputa con un villano. Pero resultó que el villano no era tan fuerte como don Luigi, o quizá la patada le acertó en un punto vital. «El caso», me cuenta un descendiente de don Luigi, «es que el hombre dio tres vueltas por la estancia, se hizo un ovillo debajo de una mesa y se murió.»

Entonces también había ley, y, aunque más indulgente y tímida con los caballeros, un muerto era un muerto y don Luigi no podía evitar que lo arrestaran. Escapó dejando a su joven esposa sola en el gran nido de amor.

Estalló en el casino la indignación de los notables, no contra el pobre don Luigi, desde luego. El viejo don Ottavio di Castro, presidente del casino y decano de la aristocracia local, pronunció afligido una frase que se hizo famosa y hoy se usa como proverbio irónico: «¡Qué tiempos! Ya no puede darle un caballero una patada a un campesino». Todos convinieron: ¡qué tiempos, dónde iban a parar!

Don Luigi no había huido lejos, sin duda; es posi-

ble que estuviera en Grotte, en casa de unos parientes o de amigos de confianza. Sin embargo, no dejaba de ser una molestia, porque ardía de rabia y de deseo imaginando a la joven esposa tumbada, sola y temerosa, llena de amor y de encajes, en el gran lecho con baldaquín de damasco. Se intentó por medio de amigos influyentes hacer desaparecer la orden de arresto que, leve papel con filigrana de lirios borbónicos, tenía el sargento sobre la mesa de su despacho ensartada en un clavo. Pero mucho tiempo estuvo el suegro de don Luigi, con ser hombre de grandes recursos y buenas amistades, sin dar con «la palanca justa», hasta que, por pura casualidad, vino felizmente a encontrarla cierta noche de diciembre. Estaba él en bata leyendo junto al brasero *Il Monitore*, mientras Concettina, su hija, bordaba, con cuentas de coral e hilo de oro, un Niño Jesús que no vestía más prendas que una exigua faja de la que colgaba, entre las deformes piernas, una campanilla; lo copiaba de una estampa devota que le había regalado una tía monja, y aunque a don Raimondo lo sacaba de quicio ver aquella campanilla entre las piernas del Niño Jesús, nada decía, por no poder dudar de la inocencia de las monjas, que veneraban aquella imagen, ni querer turbar la de la hija, que se había empeñado en copiarla. Y así leía *Il Monitore* sin dejar de pensar en la dichosa campanilla, y proponiéndose decirle a su mujer que mandase a Concettina abandonar aquel bordado.

Por eso, cuando oyó aporrear la puerta, se levantó para abrir, diciendo a su hija:

–Aparta esa campanilla. –Y como Concettina no entendió, añadió–: Quiero decir... al Niño Jesús.

Temía que el visitante dijera alguna picardía sobre la pureza de la hija.

El visitante era todo un personaje: don Nicola Cirino, jurista y poeta, fiscal general de Palermo. El coche en el que viajaba había tenido un accidente a las puertas de Grotte, y no pudiendo proseguir la marcha esa noche de perros, lo habían acompañado a casa de don Raimondo, la más decente del pueblo.

Era un hombre de unos sesenta años, de pelo y barba grises, flaco y ya algo caduco, pero tenía unos ojos vivos y atentos que formaban un curioso contraste con el aspecto lánguido y cansado del cuerpo.

Don Raimondo, que era persona despierta, dio gracias a Dios por aquella noche infernal, la piedra en el camino y la fatídica distracción del cochero, a quien don Nicola echaba la culpa, al tiempo que se excusaba por las molestias.

¿Molestias? Era un honor, un placer...

Concettina había dejado el bordado. Don Raimondo la presentó a don Nicola, y la tímida joven se puso roja como un tomate. Estaba preciosa: el cuerpo de formas armoniosas, el cabello del color del azúcar tostado, el rostro terso y tembloroso pero lleno de la alegría incontenible de quien sabe ver el lado gracioso de las cosas, de las penas inclusive... Don Nicola pensó con versos en una vara de nardos, en unas naranjas entre hojas verdes cubiertas de nieve, en el lucero del alba, y con versos también, que se le ocurrían fácil-

mente cuando la belleza lo inspiraba, comparó su corazón con el Etna, desbordado en repentina y ardiente colada de amor. Y como conocía la orden de arresto que pesaba sobre el yerno de don Raimondo, desde aquel momento quedaron leyes, requisitorias, sentencias y códigos inmolados en el altar de una muchacha de dieciséis años.

Fue una velada gratísima. La cena, improvisada, quedó perfecta. Se destaparon botellas en cuyos lacres figuraban las cifras de un año funesto, 1848, pero el vino estaba exquisito. Y a propósito de ese año don Nicola y don Raimondo expresaron opiniones que resultaron ser idénticas. Se brindó. Don Nicola lo hizo con versos: por la anfitriona, rozagante como una rosa en un vestido de raso que fue corriendo a ponerse, y por Concettina. Invitado luego por don Raimondo, por la señora y también, con voz tímida, por la muchacha, don Nicola recitó un poema propio dedicado a Torquato Tasso, y cuando llegó a los versos

Aun la vida de trabajo y agonía
de aquel gran infeliz tenía conforto,
harto el corazón de amor furtivo,
esperanzas concebía, animado
por fuego que a la vez lo consumía,
suspirando cual hombre que alimento
del duelo casi hacía, si el consuelo
de una piedad celeste, un pecho amable,
una lágrima de amor, Eleonora...

miró a Concettina con ojos moribundos, e inclinándose en su dirección sobre la mesa, con un suspiro pronunció «Eleonora» queriendo decir «Concettina». Así lo entendieron también don Raimondo y la señora, que cambiaron una mirada de ansiosa inteligencia.

Tras elogiar al poeta, don Raimondo sacó astutamente el tema de la desventura de su otra hija, la que tenían casada en el pueblo vecino, y habló del marido huido no se sabía adónde, y de la esposa que, a los pocos meses de la boda, estaba sola, y de que todo era por una patada a un campesino... Aquello era el mundo al revés... Cierto que la ley era la ley, pero por una patada, por un momento de nervios...

Don Nicola pareció encerrarse en una concha: miraba a Concettina y no decía ni que sí ni que no. Estaba sopesando los pros y los contras de una decisión que quería tomar; no dudaba de si tomarla o no, sino de si tomarla enseguida o al día siguiente.

De pronto, súbitamente resuelto, preguntó a don Raimondo:

–¿Podemos hablar un momento a solas?

Madre e hija se levantaron algo confusas, y a una seña de don Raimondo salieron del cuarto.

Dando vueltas al culo de vino que le quedaba en el vaso, don Nicola Cirino dijo sonriendo:

–Don Raimondo, ¿quiere usted celebrar la Navidad con su yerno?

–¿Usted qué cree? –contestó don Raimondo, y pensó: «Una persona así querrá un montón de dinero».

Guardaron silencio un momento.

–No es lo que usted piensa –dijo al cabo don Nicola–; es algo que para usted y para mí vale más, algo que no tiene precio... ¿No lo adivina?

–¡Por San Antonio Abad! –exclamó don Raimondo, que en los trances difíciles invocaba al santo del pueblo. Había adivinado: fue como si le hubiera caído un rayo en la cabeza que le hubiese iluminado las ideas.

–Comprendo su estupor y le aseguro que no me sorprendería que se negara. La buena amistad que hemos trabado esta noche seguiría siendo para mí de muy grata memoria... Pero entenderá usted que, en mi posición, nada de lo que hiciera, de lo que estoy dispuesto a hacer, se me afearía si se tratase de un cuñado, de un pariente. «Ha sacado de la cárcel al cuñado, ¿quién no haría lo mismo?», diría la gente. En cambio, por un extraño...

–Está claro –dijo don Raimondo.

–Me alegro de que lo entienda. Pues piénseselo, hable con su esposa, con su hija... Y mañana, antes de que me marche, me da una respuesta. Hasta entonces, no se hable más.

Don Raimondo llamó a la criada y le mandó que avisara a las mujeres. Su esposa lo escrutaba, trataba de leerle en la cara. Bebieron licores, Concettina tocó al piano romanzas y villancicos... Don Nicola, apoyado en el piano, la miraba tocar alelado, y no parecía sino que la cabeza fuera a rodarle por el teclado para posarse en el regazo de Concettina.

Por fin, cuando el reloj daba la medianoche, con

gran alivio de los anfitriones, don Nicola decidió irse a la cama y en florido lenguaje dio las buenas noches. En cuanto salió, la señora acudió a don Raimondo y le preguntó, llena de curiosidad e impaciencia:

—¿Qué te ha dicho?

Don Raimondo no le contestó. Se dirigió a Concettina y le preguntó si quería el bien de su hermana. Concettina lo quería.

Entre padre e hija se desenvolvió entonces una especie de catequesis familiar de preguntas y respuestas, en el curso de la cual Concettina respondía conforme a la más pura ortodoxia, sin faltar a los principios de amor familiar y sacrificio en los que, con inflexibilidad y ternura, la habían educado.

Al final, cuando estuvo seguro de que la muchacha haría lo que fuese por la felicidad de su hermana, don Raimondo le anunció que debía casarse con aquel don Nicola Cirino, que con una palabra podía hacer que don Luigi M. volviera a sus tierras, con su joven esposa y sus pacientes, libre de la infamia de la ley.

Concettina se echó a reír, y de la risa pasó a un llanto convulso y desesperado, hasta que, viendo que también su madre rompía a llorar, y que hasta don Raimondo hacía pucheros, se serenó y entre lágrimas dijo que sí, que se casaría con Nicola.

La boda, por la impaciencia de todos, de don Nicola, inflamado en amor, y de don Raimondo y los suyos, que querían ver libre a don Luigi cuanto antes, se concertó con grandes prisas. Durante una semana ondearon en la casa sábanas y colchas de Holanda, de

fresquísimo lino, de variopinta lana, de brillante seda; y la palabra «cama», que sonaba abstracta en las conversaciones y los cálculos del ajuar («veinticuatro juegos de cama»), se volvía concreta y repugnante en los pensamientos de Concettina. Pero ella nada traslucía, y dulcemente reclinaba la cabeza sobre el bastidor en el que seguía bordando al Niño Jesús de la campanilla, contemplada con éxtasis por don Nicola, en cuya mente de viejo zorro enamorado sonaba aquella campanilla con inocencia, teñida apenas de una sabrosa obscenidad.

Y ocurrió así que la grande e importantísima obra que don Nicola tenía entre manos, *La institución de la Monarquía en Sicilia*, quedó interrumpida, distraído como estaba el ilustre jurista y poeta por el amor de la jovencísima esposa, hasta el día en que sosegadamente se extinguió. A los seis meses de casados, una mañana, al despertar, lo encontró Concettina beatíficamente muerto a su lado. Había expirado por la noche en silencio, como una vela que se apaga tras un último chisporroteo.

Concettina volvió al hogar paterno, viuda y muy rica.

Y no habían transcurrido seis meses cuando, una noche de luna, belleza lunar envuelta en las negras ropas del luto, huyó con un joven de Racalmuto que secretamente la amaba, guapo mozo, elegante, de buena familia, aunque liberal y derrochador.

Don Raimondo sólo los perdonó en el lecho de muerte.

De esta historia, que de muchacho me causó gran impresión, me acordé al entrar en la iglesia de San Domingo de Palermo, donde reposa, entre grandes sicilianos, don Nicola Cirino. Y he decidido escribirla por una de esas inspiraciones imprevisibles y gratuitas que nos deparan a veces ciertas sensaciones, ciertos encuentros, ciertas lecturas. Releía a Baudelaire, aquello de «*Mais de toi je n'implore, ange, que tes prières, / ange plein de bonheur, de joie et de lumières!*», y me vino el título de la historia y la razón para escribirla: la católica reciprocidad. La reciprocidad de un cuerpo que rescata otro cuerpo, en la doliente religión de la familia en la que Sicilia sigue viviendo; de una muchacha de Grotte que paga la libertad de un hombre del vecino y enemigo pueblo de Racalmuto.